



## *Capítulo 9. La Despedida*

En Septiembre, el Hermano Bartolomé marchó con los Novicios a San Yon, en Ruan, para librarse de las intromisiones de los sulpicianos. Fue tiempo en que compuso la primera parte de las “Meditaciones para los Domingos y Fiestas”. La obra la terminará ya en San Yon, a donde marchó en Noviembre

Desde 1716, en que llega a San Yon, sus trabajos alternan con sus enfermedades y achaques. Pero muy mal tiene que estar para descuidar la atención sacerdotal a la creciente comunidad. En Diciembre se establece en la casa el Pensionado de penados, especie de reformatorio para educar a jóvenes delincuentes



## *San Juan Bautista de La Salle*

### **HECHOS Y GESTOS DE UN MENSAJERO**

sentenciados por los tribunales. Después de los novicios, será sus predilectos en visitas y exhortaciones. Los aprecia como más pobres que los mendigos, pues es más miserable el vicioso que el hambriento.

Hace algún viaje para visitar las comunidades de Boulogne, Calais, Mende y, sobre todo, la de Ruan. Ve que la vida avanza y comienza a intuir que su vida se acerca al final. Decide convocar un Capítulo o Asamblea con la intención de afianzar la Regla y de que sea elegido un Superior para el Instituto. Los Hermanos de Reims le animan a que envíe al Hermano Bartolomé por todas las casas del Instituto para obtener la adhesión de todos los miembros de las comunidades a lo que se decida en este encuentro. Entre Diciembre y el primer trimestre de 1717 el Hermano Bartolomé recorre las comunidades conviviendo varios días en cada lugar. El 28 de Abril regresaba a San Yon, cumplido su cometido.

La Asamblea se inicia el 16 de Mayo de 1717. Se reunieron en San Yon los Dieciseis Hermanos designados, los cuales representaban en ese momento a los ciento y

dos Hermanos del Instituto. El día 18 eligieron por votación secreta al Hermano Bartolomé como Superior. Revisaron la Regla y la Guía de las Escuelas. El día 23, fiesta de la Santísima Trinidad, todos renovaron sus votos religiosos. La Salle conseguía dejar el Cargo de Superior General y le sucedía el Hermano Bartolomé al frente del Instituto

Los meses siguientes por encargo del mencionado Capítulo, se dedicó a revisar y redactar de forma definitiva la Regla los Hermanos. Igualmente, retoca diversos libros para la obra de las Escuelas y para los miembros del Instituto. De manera especial, hace una revisión de la Guía de las Escuelas Cristianas. Atiende espiritualmente a los Hermanos.

Le llega una herencia inesperada. Viene de Luis Rogier, fallecido un par de años antes, que deja una manda testamentaria “por motivos de conciencia”. Eran 5.200 libras, el precio de la casa que le usurpó cuando terminó el pleito con el Abate Clément. La Salle recibe la orden del Hermano Bartolomé, nuevo Superior, de ir a París a recoger el legado. Llega el 4 de Octubre. Se aloja en el Seminario de San Nicolás de Chardonnet, para no recibir excesivas atenciones de los Hermanos. El asunto se demora varios meses, cinco exactamente, porque La Salle no quiere figurar como Superior de los Hermanos y el legado le considera como tal. Al fin tuvo que ceder el notario depositario y quitar el tratamiento de Superior para entregar el dinero, que Juan Bautista puso en manos del Hermano Bartolomé. Vivir en el Seminario fue una ausencia de la comunidad inteligente y virtuosa. Inteligente, pues ya preveía que su muerte estaba cercana y quería acostumbrar a los Hermanos a valerse sin él. Y virtuosa pues temía las deferencias y atención y trataba de reunirlos.

Además, en París tenía una de las amargas espinas que le llenaron de pesadumbre en los últimos días de su vida. En el manicomio de París habían tenido que ingresar a su hermano Juan Remigio, el benjamín de la familia, que se había casado con Magdalena Bertin y había tenido cuatro hijos. Su enfermedad mental obligó a la familia a esta triste medida. Juan Bautista siempre había conservado gran ternura por aquel niño que había quedado huérfano de meses, cuando él tuvo que hacerse cargo de los hermanos como tutor y que había sido acogido por la abuela Petra. Eco de su pena fue la decisión de dejarle a él y a sus hijos los últimos bienes de familia que le habían quedado después del desprendimiento prácticamente total del año 1684. No era mucho, pero fue un exquisito gesto de fraternidad. Antes de marchar de París, le hizo alguna visita, aunque ya el

enfermo no le reconociera; al menos, esto se desprende de una carta de aquellos días dirigida a su hermano Juan Luis.

De regreso a San Yon, el 3 de Marzo de 1718, se dedicó sobre todo a la redacción del “Método de oración para los Novicios”, para quienes multiplica conferencias y atenciones, por orden del Hermano Superior. Su vida sencilla en la casa edificaba a todos. No hacía nada sin orden del Superior. Quería llevar en todo la misma vida que los Hermanos. Y sólo su carácter sacerdotal la hacía aceptar ciertas deferencias como la bendición de las comidas.

El año 1718 lo pasará ya con diversos achaques que le dificultan los movimientos y con ataques reumáticos, que le hacen sufrir mucho. Atiende con fidelidad a todos los actos religiosos de la casa. Incluso, no puede casi salir de ella, pues su ausencia deja a sus habitantes sin capellán. A mediados de mayo, respondía a Juana Remigia, hija de su hermano Pedro, que le invitaba a su profesión religiosa en el Convento de Nuestra Señora de Reims: “Mucho me gustaría estar presente, pero dos motivos me lo impiden. Primero, que soy el único sacerdote aquí para confesar a cuarenta personas. Segundo que, tengo Superior, y no soy dueño ya de mi persona”

El año 1719 comenzó con muchos achaques para el desgastado y sufrido Fundador. Todavía pudo de escribir algunas cartas y hacer diversos gestos cargados de significado testamentario. Por ejemplo, la carta que le escribió al Director de la escuela Calais, con la intención de que transmitiera su contenido al Deán de de la parroquia, llamado Pedro Caron. Tenía tintes de testamento. El Hermano le había escrito diciendo que el tal Deán le tildaba de “apelante”. Juan Bautista respondía: “No creo, querido Hermano, haber dado motivo al señor Deán de Calais para decir que soy del número de los apelantes. Nunca pensé apelar, como jamás se me ocurrió abrazar la doctrina de los apelantes. Harto respeto me merece nuestro santísimo Padre el Papa y sobrada sumisión a las decisiones de la Santa Sede, para dejar de acatarlas...” Después de unas citas latinas, escritas contra su costumbre y como señalando al verdadero destinatario de la misiva, concluía: “Aceptaré, como la mayor parte de los Obispos del mundo, la condena que hace el Santo Padre de las 101 proposiciones del libro del P. Quesnel [...] Y, después de tal decisión, yo siempre diré con San Agustín que la causa está terminada. De estos sentimientos jamás me apartaré...” Esta era del 28 de Enero. Blain cita otra de días anteriores o posteriores, en la que decía a un Hermano que le escribía. “Hermano: Os ruego, por el amor de Dios, que ya no os dirijáis más

a mí... Tenéis un Superior al que debéis consular vuestros asuntos espirituales y temporales. Yo no quiero ya más que pensar en la muerte, que muy pronto me va a separar de todas las criaturas...

Hacia febrero sufre una caída al sentarse en una silla para hablar a los escolares. Fue la última vez que pudo hacerlo. Debe guardar cama. La debilidad corporal, debida al asma y al reumatismo, le producían dolores intensos. “Soy tan cobarde que hasta he pedido a Dios que me envíe la muerte”, alguien le oyó decir a un confesor que acudió a prestarle sus servicios sacerdotales. Pero los verdaderos sentimientos los manifestaba cuando sólo repetía ante los dolores “Bendito sea Dios”...

En el Arzobispado, mientras se acercaba el final, se tramitaba, sin él saberlo, una denuncia, la última de su vida, del párroco de San Severo por la no asistencia del personal de San Yon a los oficios parroquiales. El Arzobispo de Ruan, D’Aubignnet, que no simpatizaba con Juan Bautista por su inquebrantable fidelidad a Roma, y el Vicario General, Urbano Robinet, que en una ocasión le había tratado de mentiroso, tomaban la postura más rígida, hasta quitarle las licencias sacerdotales. De hecho, es casi seguro que firmaron, o el uno o el otro, tal medida. Aunque el encargado de comunicárselo, el futuro biógrafo suyo y superior eclesiástico de San Yon, Juan Bautista Blain, no se atrevió a decírselo con claridad; él lo adivinó y sólo pudo decir: “Bendito sea Dios”.

La cuaresma la pasó debilitado. Gran parte de ella la pasó en el lecho. Solamente tuvo un alivio momentáneo el 18 de marzo por la tarde, en que pareció recuperar las fuerzas. El 19 de Marzo se levantó fortalecido, celebró su última misa, habló a los Hermanos asistentes, que creían estar ante una curación milagrosa, confesó a algunos que se lo pidieron, se mantuvo de pie sin dificultad. Todos lo atribuyeron a su gran devoción a San José, y a un regalo que el Santo Patriarca le otorgaba. Pero no fue otra cosa aquel hecho que la “mejoría de la muerte”. Al anochecer de nuevo empeoró y se acostó para no levantarse ya más.

Formuló su Testamento el 3 de Abril, ante un notario que acudió a la casa. Dejaba bien atados algunos extremos relacionados con su familia. Declaraba que las propiedades que todavía quedaban a su nombre eran del Instituto. Daba las últimas recomendaciones a los Hermanos desolados, que veían cómo su Padre y Fundador se les moría.



El Hermano Bartolomé no se separaba de su lado. Al notario, le dictó también unas mandas espirituales destinadas a los Hermanos: “Encomiendo a Dios mi alma primeramente y, luego, a todos los Hermanos de la Sociedad de las Escuelas Cristianas, con quienes me ha unido. Les recomiendo ante todo que siempre tengan absoluta sumisión a la Iglesia, máxime en estos calamitosos tiempos. Que, en testimonio de esa sumisión, no se aparten lo más mínimo de nuestro santísimo Padre el Papa y de la Iglesia romana, acordándose siempre que he mandado a Roma dos Hermanos con el fin de que la sociedad se mantenga siempre enteramente sumisa a la Santa Sede...”

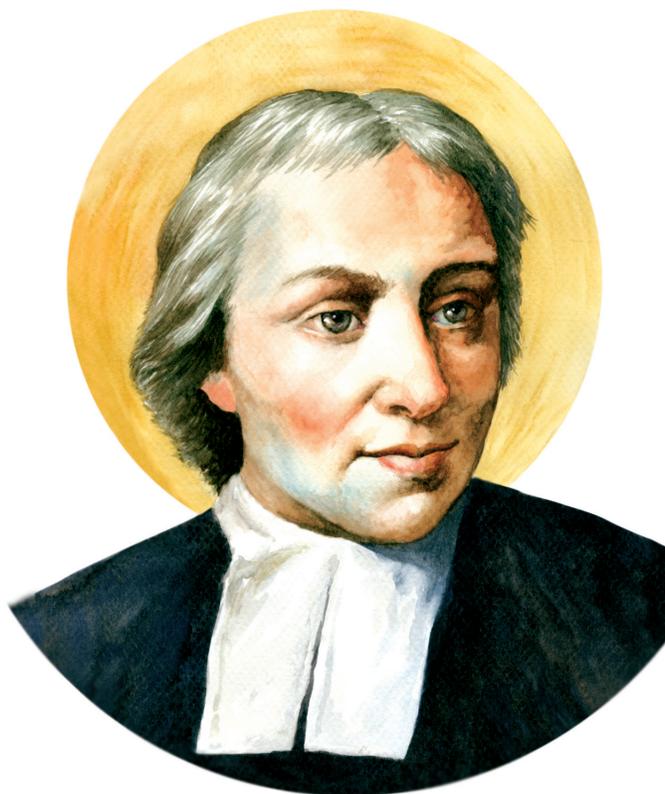


*San Juan Bautista de La Salle, a pesar de los dolores que tenía no cuestionó su amor a Dios, contrariamente repetía "Bendito sea Dios"*

Les recomiendo que tengan siempre mucha devoción a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, a San José... que desempeñen con celo su ministerio... que tengan entre sí unión íntima y ciega obediencia con los superiores...”

El 3 de abril lo visita el párroco, que, al encontrarlo exhausto, pero sereno y feliz, le advirtió: “Sepa, señor, que va a morir y a comparecer ante el tribunal de Dios”. La respuesta fue: “Lo sé muy bien y estoy plenamente sumiso a su voluntad; mi suerte está en sus manos”.

El día 4 recibe el viático. Dedicó siete horas a dar gracias a Dios. El día 5 recibió con plena devoción y conciencia la Unción de enfermos. Al caer de la tarde, tuvo varios desvanecimientos... La agonía se prolongó algunos momentos. Hacia las 2,30 musitó la plegaria en latín con la que los Hermanos terminaban los trabajos del día: “Maria mater gratine, mater misericordiae... defiéndenos del enemigo y acógenos ala oradle a muerte” Se desvaneció, aunque recuperó un poco la conciencia.



Semiconsciente ya, escuchó al anochecer al Hermano Bartolomé que le preguntaba si aceptaba los dolores que Dios le enviaba. Fueron sus últimas palabras la respuesta. “Oui, j’adore en tout la volonté de Dieu a mon égard” (Adoro en todo la voluntad de Dios para conmigo). Hacia las tres, se fue agotando su respiración. Serían las cuatro de la madrugada cuando, con gesto de extender la mano hacia algo o alguien que se acerba, quedó inmóvil y sin respiración. Era el amanecer de Viernes Santo, 7 de Abril de 1719.

Amortajado con los ornamentos sacerdotales, fue enterrado en la capilla de Santa Susana, de la iglesia de San Severo de Ruán. Hubo gran concurso de gentes, que le admiraban como santo sacerdote. Pero no hubo ninguna solemnidad, conforme a su deseo. El mismo párroco, que tan exigente y displicente se había mostrado con la asistencia de los habitantes de San Yon a sus actos parroquiales, celebró los funerales y reconoció que había muerto un santo. Él mismo le compuso el epitafio para su lápida sepulcral.

Aunque el entierro fue humilde, más adelante los biógrafos y los pintores quisieron resaltar sus funerales. Asistieron los Hermanos y mucha gente que le conocía, le respetaba y admiraba. No consta si asistieron los que había formulado su última condena terrena: su privación de licencias sacerdotales. El que sí asistió,

